

Historias del frente

Por J. E. Ayala-Dip

El Correo | 2010

Con veintisiete años, Emilio Lussu comanda un pelotón como oficial de complemento durante la Primera Guerra Mundial. Este escritor italiano, del que yo desconocía que existiera, nació en 1890 y murió en 1975. Es autor de una trilogía, de la cual *Un año en el altiplano* forma parte. Es este libro el que ahora comentaremos. Lussu relata su experiencia militar, entre junio de 1916 y julio de 1917. Un año de arrojo, miedo, pena y sentido de absurdo vital. Curiosamente Lussu fue un defensor de la entrada de Italia en la contienda. No estamos, por tanto, ante el documento de un pacifista, sino de alguien que consideró que Italia debía comprometerse (durante Entreguerras fue un declarado combatiente contra el fascismo) a fondo. Es imposible no pensar en otros autores bélicos: Malaparte, Remarque, Norman Mailer, Kurt Vonnegut y tantos otros.

Un año de combates inacabables. Intentos de tomar una trinchera que duraban días y hasta meses. Una trinchera que distaba cincuenta o cien metros. Emilio Lussu nos relata su posición en el valle del Carso. Enfrente de su unidad, una brigada, pelotones de austríacos fuertemente apostados en sus trincheras barren con sus secciones de ametralladoras toda posibilidad de un asalto victorioso. Lussu es comandante. Tiene a su cargo la responsabilidad de vidas humanas. Y es aquí, en este segmento minúsculo de locura incontrolable, donde su relato adquiere grandeza humana.

Nos cuenta la vida de hombres que a veces apenas duran cuatro líneas: una bala o una orden descabellada y absurda los mata por igual, con la misma puntualidad fatal. El escritor sabe bien que una cosa es la guerra y otra muy distinta matar a sangre fría a un hombre: un hombre como él que toma café y espera salvarse para ver a su familia o retornar a su pueblo. Como si la guerra fuera algo abstracto y matar dentro de su vorágine de sangre un asesinato sin excusas. Aunque no lo parezca, no faltan en este duro y a la vez hermoso libro, ráfagas de humor. Personajes increíbles, ese chocolate y coñac que llegan un día en abundancia y anuncian un próximo asalto a una inabordable posición enemiga. Esos hombres que saben que tienen los días contados. Y en medio de todo ello, la suerte infinita de nuestro autor: esas balas que silban a su alrededor y que se incrustan en las cabezas de sus camaradas. Y el olvido instantáneo. No hay mucho tiempo para la pena. El día siguiente, haya sol o no, espera el enemigo.